

El conocimiento humano

A través de la historia el hombre se ha preocupado por el conocimiento. Desde épocas tempranas se visualizó el pensar reflexivamente como una característica esencial del ser humano; esta idea trascendió en la antigüedad y fue condensada en el famoso *cogito ergo sum*, de los latinos. Por ello, considero que el conocimiento ha sido la piedra angular del ser humano. Martin Heidegger lo expresó claramente en ese bello texto llamado *Serenidad*:

De momento, sin embargo, —no sabemos por cuánto tiempo— el hombre se encuentra en una situación peligrosa en la Tierra. ¿Por qué? ¿Solo porque podría de pronto estallar una tercera guerra mundial que tuviera como consecuencia la aniquilación completa de la humanidad y la destrucción de la Tierra? No. La era atómica es un peligro mucho mayor que amenaza, precisamente tras haberse descartado la tercera guerra mundial. ¡Extraña afirmación! Extraña, sin duda, pero solamente mientras no reflexionamos sobre su sentido.

¿En qué medida es válida la frase anterior? Lo es en cuanto que la revolución de la técnica que se avecina en la era atómica pudiera fascinar al hombre, hechizarlo, deslumbrarlo y cegarlos de tal modo que, un día, su pensamiento calculador pudiera llegar a ser el único válido y practicado.

¿Qué gran peligro se avecinaría entonces? Junto a la más alta y eficiente sagacidad del cálculo que planifica e inventa, coincidiría la indiferencia hacia el pensar reflexivo, hacia una total ausencia del pensamiento. ¿Y entonces? El hombre habría negado y arrojado de sí lo que tiene de más propio, a saber: que es un ser que reflexiona. Por ello hay que salvaguardar esta esencia del hombre, hay que mantener despierto el pensar reflexivo.¹

Como vemos, el conocimiento determina nuestra racionalidad y, por lo tanto, nuestra esencia. Por esta razón, la teoría del conocimiento formó parte de la filosofía a lo largo de toda su historia; **me gustaría realizar una revisión de esta mirada filosófica acerca de cómo conce el hombre, para de ahí inferir cómo este saber, permeado socialmente, se ha ido desarrollando en forma constante.**

A lo largo de la historia de la filosofía ha estado presente un antagonismo irreconciliable en las posturas frente al problema del conocimiento. Por un lado, se ha partido de una actitud sensualista que coloca la experiencia sensible como la única fuente de nuestro conocer. La inició Demócrito de Abdera con la teoría de las emanaciones y luego fue conducida por Protágoras cuando afirmó que “el hombre es la medida de las cosas.”²

Por otro lado, Parménides afirmaba que “el pensamiento es idéntico a su ser, pues nada es fuera del ser”³ otorgándole al pensamiento un carácter ontológico que habla de desembocar en la teoría de los dos mundos de Platón, quien planteó la existencia de un mundo ideal y uno sensible. En el *Cratilo*, Platón pone en boca de Sócrates las siguientes palabras: “... los demás animales no observan nada de lo que ven, ni razonan ni

¹ Martin Heidegger, *Serenidad*, Gedisa, Madrid, 1986, p. 75.

² Arnold Toynbee, *El pensamiento histórico griego*, Sudamericana, Buenos Aires, 1996, p. 146.

³ Ibid, p. 208.

examinan con atención; pero el hombre, a la vez que ha visto, también examina con atención y razona sobre lo que ha visto”.⁴ Por tanto, según este filósofo, nuestra capacidad de conocer y analizar nuestro entorno es la diferencia sustancial que nos distingue de los animales.

Le corresponde a Aristóteles haber hecho el resumen magistral de todo el pensar griego, en él confluyen las tendencias sensualistas del conocimiento a las que suma las operaciones racionales, sin las cuales no es posible la afloración del pensamiento. El Renacimiento, con la irrupción de la burguesía y su nueva mentalidad, se permitió dudar de la autoridad de Aristóteles e hizo nuevos hallazgos en relación con el conocimiento. Posteriormente, Descartes en el siglo XVII, y Hume en el siglo XVIII, tornan la mirada hacia la interioridad de la conciencia para ver la idea o la simple percepción.

Aunque Kant tiene el mérito histórico de fijar los límites del conocimiento científico, abre para el saber metafísico una tronera en la que caben igualmente el subjetivismo y la irracionalidad. Más tarde, con el materialismo dialéctico, surge una nueva posición epistemológica que a la vez que coloca el material de nuestras percepciones como fuente insustituible para el acto de conocer, le agrega un nuevo elemento: la actividad objetiva social. De ahí que Marx afirmara: “No es nunca la conciencia lo que determina la vida, sino es la vida lo que determina la conciencia”.⁵

En conclusión, el conocer es ante todo un punto de vista determinado por el sujeto, el objeto y la praxis social. Así, de toda esta visión histórica del desarrollo del conocimiento podemos inferir que a lo largo de todos estos siglos, el hombre ganó mucho en comprensión de su propia condición humana, al tener claro que la cualidad que lo singulariza de toda la creación es su capacidad de reflexión crítica.

Bibliografía

Heidegger, Martin, *Serenidad*, Gedisa, Madrid, 1986.

Marx, Karl y Friedrich Engels, *Escritos sobre el lenguaje*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973.

Ejemplo tomado de Alegría, M. (Coord.). (2005). *Cómo leer La Ciencia para Todos*. México: FCE. 147-149.

⁴ Platón, *Cratilo*, Introd., versión y notas de Ute Schimidt, UNAM, México, 1988, p. 26.

⁵ Karl Marx y Friedrich Engels, *Escritos sobre el lenguaje*, Rodolfo Alonso Editor, Buenos Aires, 1973, p. 73.